

el cual se regalaron, esperando ocasión de dar vela la vuelta de Acapulco, con el favor de Dios.

CAPÍTULO LXX. *De el nombramiento que segunda vez se hizo en don Luis de Velasco, segundo de este nombre, onceno vi-
rrey de esta Nueva España, donde a el presente gobierna; y
de unos cometas que aparecieron pocos días antes que le vi-
niese esta nueva*



N EL AÑO DE MIL SEISCIENTOS Y SIETE, lunes, segundo día de Pascua de Espíritu Santo, que fue a catorce de junio, un poco antes de las Ave Marías, en el pueblo de Tultitlan, que es de la encomienda de don Luis de Velasco, y cuatro leguas de esta ciudad a la parte de el norte, estando el cielo turbado con muy espesas y obscuras nubes, de una de ellas,

que parecía estar muy baja y con aspecto que ponía terror y espanto, que estaba (respecto de el pueblo) a la parte de la oriente y casi sobre la última casa de el pueblo, se dejó colgar un cometa de el tamaño de una grande braza; la cabeza blanca y resplandeciente y el cuerpo y cola de color de cielo, la cual, comenzando a culebrear y hacer ondas, pasó hartando por medio de el pueblo y sobre las casas que allí tiene don Luis; fue pasando aun no una vara por cima de las azuteas y casi tocando las copas de los árboles que están en su contorno y patio, de donde el dicho don Luis había salido el mes antes de mayo para otro pueblo suyo, una legua de esta ciudad, llamado Azcaputzalco; de esta manera fue saliendo de el pueblo y caminando hacia el poniente, declinado a el mediodía. Este cometa estaban mirando, con gran temor, algunos labradores que estaban por allí en sus casas y labranzas; y habiendo caminado de esta manera, como una legua, dijeron los labradores que dio la vuelta hacia la ermita de Nuestra Señora de los Remedios (dos leguas de esta ciudad a el poniente), pasando por muy junto de Azcaputzalco donde don Luis estaba y allí desapareció. Al tiempo de el caer de la nube este cometa, lo vieron muchos indios y algunos de los negros de don Luis que en la casa estaban (por haber sucedido su aparecimiento muy cerca de ella); y con el espanto que cobaron dieron muchos gritos y voces, al cual ruido salieron los religiosos del convento, y viendo su figura se admiraron y mucho más de verla ir tan baja y como navío cuando va por las aguas de la mar. Dejados muchos testigos que vieron este cometa, sólo refiero a el padre fray Gerónimo de Escacena, que era guardián de aquel convento y hombre de toda verdad y de él tomé la relación referida.

Este mismo día, se dijo también que se habían visto dos cometas muy altas sobre el mismo pueblo de Azcaputzalco; lo que yo vi diré. Esta misma tarde, después de puesto el sol y antes de la noche, estando sentado con otro religioso en un portal, antes de la entrada de la huerta en este

convento de Santiago, vi salir una estrella muy clara de encima de las casas de palacio; y fue cayendo por cima de toda la ciudad, hacia el pueblo de Azcaputzalco y parte de el poniente.

Lo que prosigue más el padre fray Gerónimo de Escacena, acerca de el cometa de Tultitlan, es decir que sucedió a esto grande inundación y temerarios torbellinos de agua; y se dijo que nunca tales los indios los habían visto sobre todos aquellos pueblos y sobre esta ciudad, y mucho más padeció el dicho pueblo de Tultitlan, porque se anegó tres veces y se cayeron muchas casas y se perdieron las sementeras; y los pobres naturales, con sus mujeres e hijos, se salieron a los patios y escuelas de las iglesias de el pueblo y también se fueron a guarecer a las casas de el dicho don Luis de Velasco, que como son de comunidad, grandes y espaciosas, cargó en ellas mucho número de gente, acomodándose como podían en los altos y bajos de la casa. Había un año que duraba gran enfermedad y peste en este mismo pueblo de Tultitlan y en toda aquella comarca; y después que pasó este cometa parece que abrasó todas aquellas casas por donde había pasado, porque todas las barrió de peste, que apenas quedó criatura en ellas; y así lo afirma el padre fray Gerónimo. Este caso sucedido de este cometa, que apareció en Tultitlan, contaron a don Luis de Velasco en el pueblo de Azcaputzalco, donde estaba (porque después que vino de el Perú no salió de estos dos pueblos), y fue en presencia de un criado suyo, llamado Juan de Villa-Seca, que ha muchos años que le sirve, al cual caso estuvo muy atento, y como oyó decir que el cometa había principiado muy cerca de las casas de don Luis y pasado tan bajo por cima de ellas y hecho camino por junto de Azcaputzalco, dijo a su amo: señor, vuestra señoría es virrey de la Nueva España; y aunque don Luis como prudente no lo admitió, sucedió así, en realidad de verdad el caso, porque a cuatro o seis días le llegó el pliego y en él cédula de virrey de esta tierra.

Aquí me ocurre lo que en tiempos pasados sucedió a aquel gran capitán de el pueblo de Dios, Gedeón, y a sus contrarios los madianitas,¹ que estando para darse la batalla y Gedeón cuidadoso de el suceso con solos trescientos hombres, siendo sin número los contrarios, le dijo Dios: pasa al ejército de Madián esta noche y escucha lo que allí se dijere y volverás alentado y con nuevo espíritu. Hízolo así Gedeón acompañado de Phara, criado suyo, y en llegando al puesto donde estaban las centinelas fue a punto que despertaba el uno de ellos, de un muy ligero sueño que había tenido, y decía al compañero: soñado he que veía un pan subcinericio que bajaba de el cielo y que dando sobre los ejércitos de Madián los desbarataba y consumía todos. El que lo estaba oyendo le respondió: no es otra cosa eso, sino el cuchillo de Gedeón que ha de dar sobre nosotros. Lo que aquí quiero notar es que dice el uno que es pan; y el otro, que es cuchillo; y ambos dijeron bien, porque fue cuchillo duro y amargo para los madianitas, que los destruyó y asoló; y fue pan dulce y sabroso para Gedeón y los suyos, en la victoria que ganaron. No quiero afirmar que el

¹ Iud. 7.

cometa visto fue causa de estos efectos dichos, y causados, así en muertes y destrozos que hizo en la tierra, esterelizándola y muriendo mucha gente después que pasó, ni que anunció la venida, por virrey, de don Luis; pero digo que estos dos efectos se siguieron, que fue cuchillo para los muertos y pan dulce y sabroso para don Luis, pues le vino oficio con que lo tuviese sobrado.

Bien entiendo que ya estaba muy fuera de estos pensamientos, porque había renunciado el de el Perú, después de haberle servido siete años; y se había venido a esta Nueva España a morir (según escribía de allá y acá decía); y para esto se había recogido a el pueblo de Tultitlan (que es de su encomienda, como ya hemos dicho); pero como las cosas muchas veces no saben los hombres cómo Dios las dispone, suceden muy diferentes de lo que las imaginan; y así se halló don Luis virrey de esta Nueva España, muy fuera de tiempo, porque aun el de los seis años de su antecesor había muy poco que había mediado.

Estaba en Azcaputzalco cuando le vino la cédula; y fue a tiempo que un riachuelo, que pasa algo apartado de él y suele hacer mucho daño a esta ciudad cuando se suelta, había entonces rompido, y así se juntó gente luego para soldar la quiebra; y fue en persona, aunque más estaba, cuando entró en el oficio para descansar de los pasados, que para comenzarlos de nuevo, por ser ya hombre de más de setenta años; pero con fuerzas para poder gobernar. Vinose a este convento de Santiago Tlatelulco para entrar de aquí en la ciudad, donde estuvo ocho días; y fue visitado de toda la ciudad, como tan conocido de todos por haberse criado con los más, y haberlos gobernado después, siendo otra vez virrey antes de ésta; de aquí entró en la ciudad, como los demás sus antecesores, y fue llevado a su casa.

Al cabo de poco tiempo de su gobierno volvieron a crecer las aguas de manera que anegaban la ciudad, y temiendo otra como la pasada y viendo que no era el total reparo el de la albarrada y cerca que se había hecho, se volvió a tratar del desagüe que tan imposible pareció en tiempo del marqués; y volvió a ir la Audiencia a verlo. Ordenóse que se hiciese y así se mandó. Juntóse dinero para sus gastos, de los mismos vecinos de la ciudad, echando tanto por cabezas hasta que llegó a un muy crecido número, valuando las haciendas de todos, así en muebles como en posesiones; y hasta los conventos de los religiosos, que también pagaron su escote, sino fue el de San Francisco.

Hízose nombramiento de la gente que había de trabajar en la obra. Señaláronse españoles, obreros, maestros y sobrestantes, y comenzóse. Fue el maestro mayor de ella Enrique Martínez, extranjero y con él fue señalado el padre Juan Sánchez, de la Compañía. De esta manera se comenzó en partes, a tajo abierto y en partes (por ser la tierra muy alta), minándola por debajo, haciéndola a trechos unas lumbreras que sirven a la mina de guía para que la obra vaya acertada y derecha. En el discurso de la obra se desavinieron los dos maestros, Sánchez y Martínez, contradiciéndose uno a otro, porque como somos hijos de diferentes madres cada uno sigue su parecer, pareciéndonos que el nuestro es el más acertado, y fue fuerza dejar

uno sólo. Quedóse Enrique y el compañero se vino a su casa (dicen que él se vino y que no le trajeron); acabóse la mina y zanja, no con pequeño trabajo y muchos desmanes y derrumbamientos de tierra y de algunas muertes de indios y corrió el agua y pasó de la otra parte al lugar donde pretenden encaminarla. Y con todo esto unos dicen que está bueno y otros que no es tal; lo que sé es que, después de todas estas cosas y haber ido el virrey a ver quitar las compuertas y encaminar el agua y haberlo aprobado todos los que entonces fueron y en otras ocasiones han ido, han vuelto a tomar pareceres de lo que se volvería a hacer; y últimamente se ha determinado este año de mil seiscientos y nueve, por el mes de octubre pasado, que se prosiga lo hecho en reparos y no sé qué adobos, de que tiene necesidad. Y porque el dinero que se juntó la vez pasada se ha acabado, se ha dado traza de que de el vino se pague; y han añadido cincuenta pesos de cada pipa. Hubo dares y tomares en esto; porque cargaba el daño sobre el que la compraba para beberla, y valiendo a dos reales el cuartillo, subió a dos y medio; pero trocóse el modo después y cargó sobre el que lo vende parte, y toma real y medio el dueño para sí, y el otro medio da para el desagüe; bien creo yo que de una manera o de otra, lo ha de pagar el que lo bebe; pues no está obligado a dar vino de balde, ni ha de querer pagar el desagüe solo el que lo vende; y si antes de esta pensión hay tantas penas, por tantas medidas falsas y aguamientos que hacen, ¿por qué después de añadirseles medio real en cada cuartillo han de usar de el oficio tan limitadamente que estimen en más el mandato del virrey, que hasta entonces han guardado los mandamientos divinos? Dios lo remedie y nos deje ver hecho el desagüe, porque lo dudan muchos.

Para que se entienda qué desagüe es éste, digo que es de las lagunas de Tzumpango y Citlaltepec, seis o siete leguas de esta ciudad; las cuales reciben las aguas llovedizas en el tiempo de ellas, de muchas partes que tienen allí su paradero; y de las de este receptáculo y otras de otros manantiales, más acá cerca, se hace un riachuelo que llaman Acalhuacan o de San Cristóbal, el cual entra en esta laguna de Mexico; y cuando trae estas avenidas dichas, en tiempo de aguas, la hace crecer mucho, porque son muchas y muy continuas en especial los años que llueve mucho; y pareció que hecho desagüe de este río y estorbándole la entrada en esta laguna, se estorbaba también el crecimiento de ella la entrada en esta ciudad; y por esto el marqués la cerró, haciendo la calzada que hizo, tan grande y ancha como es la que dejamos referida, la cual ha detenido de esotra parte contraria las aguas, rebalsándose y haciendo laguna donde antes era tierra seca y campos donde se apacentaban ganados y sembraban los naturales sus sementeras.

Pero aunque el desagüe está hecho no por eso deja de estar el agua tanta y tan crecida en la dicha parte, como estaba antes que se hiciese, y aun este año de mil seiscientos y nueve ha llegado a subir tanto como la calzada; y cuando hacía aire levantaba olas que bañaban la calzada, y estuvo en mucho riesgo de llevársela, si no rebentara por la parte más baja de ella el agua, y rompiendo por allí fue desaguando, y corre un río grande por aquella parte, con que no es tanta la rebalsada y detenida y está segura la

calzada. Decían que hecho el desagüe de aquestas aguas dichas era fácil hacer por la misma madre de este río el de esta laguna mexicana; pero como aún no se ha visto el uno, no se sabe nada del otro. Han asistido al lugar donde asiste el concurso de esta gente del desagüe algunos religiosos de la orden de mi padre San Francisco, por veces y con intervalo de tiempos, a petición del mismo virrey don Luis, para el consuelo de los que en él trabajan confesándolos y administrándoles los sacramentos, como en sus mismos pueblos; y aunque esto cesó por algunos días, ahora últimamente asiste con ellos el padre fray Francisco Moreno, procurador general de estas provincias, hombre de gran solicitud y cuidado, de quien se tiene toda satisfacción, y por ser tal pidió el dicho virrey a los prelados de la orden, que no dejando de ejercitar su oficio, se lo diesen para el ministerio y asistencia dicha.

Este mismo año le vino cédula al visitador Landeras de Velasco para que se fuese a España en la flota y que entregase la visita al presidente de Guadalajara; y así lo hizo y se fue. Quedaron con algún resuello los visitados, porque con su asistencia todos temían. Sé decir que era muy justiciero y limpiísimo de manos. Quisiéronle macular de muchos cohechos sus contrarios, pero lo cierto es que un solo real no recibió de ninguno y que se fue a España más pobre y adeudado que vino. Fue hombre de grandísimo ejemplo y muy recogido y deseoso de favorecer a estos indios, pero no pudo; y aunque escribió al rey y a su consejo mucho en razón de esto, no se efectuó por entonces nada. Estuvo dos años y medio en lo que hizo de visita y fuese en la flota pasada de este de seicientos y nueve, con orden de que en llegando a España despache aviso a la corte de su llegada sin pasar de allí.

Este mismo año de mil seiscientos y nueve hubo en esta ciudad un alboroto y rumor de alzamiento de negros, diciendo que la noche de los reyes se habían juntado, en cierta parte, muchos de ellos y elegido rey y otros con títulos de duques y condes y otros principados que hay en las repúblicas; y aunque salió esta voz por la ciudad y de prima instancia alborotó los ánimos de el virrey y los demás señores de la Audiencia, averiguando la verdad se halló ser todo cosa de negros; pero por sí o por no, azotaron y castigaron algunos y luego se le dio a todo perpetuo silencio; y pues en ello no hubo nada, no quiero referir aquí muchas boberías que dicen pasaron entre ellos aquella noche.

Este mismo año le vino título de marqués de Salinas al dicho virrey don Luis, que es el que gobierna de presente y porque en su gobierno prosigue, como siempre ha procedido, no hay que añadir; pero concluyo con decir que este mismo año vino la cédula, que dejamos referida en otra parte, acerca de el favor de estos indios, que es proveída de pecho muy cristiano y santísima su ejecución (si Dios quiere que se guarde); vuelvo a refrescar lo que los obrajeros sienten el gobierno del marqués, porque como les abre los obrajes y los pena en razón de esto y les deja gente voluntaria y libre y no forzada, mueren. Dios le dé vida para su servicio y a nosotros gracia para salvarnos. Amén.

Este mismo año, en los navíos que vinieron de la China, vino la relación que se refiere en el capítulo siguiente, que por haber sido en el tiempo del gobierno de este virrey, se pone entre las cosas sucedidas en el discurso de su gobierno.

CAPÍTULO LXXI. De el martirio de un santo japon, llamado León, en el reino de Satzuma, colegido de las cartas que los religiosos de Santo Domingo, que allí residen, han enviado a la isla de Luzón, a los religiosos de la misma orden



NO DE LOS REINOS DE EL IMPERIO JAPONICO es Satzuma, no tan lleno de riquezas como otros, pero de la gente más belicosa que hay en todos ellos. Fue este reino la puerta por donde los religiosos de la orden de Santo Domingo entraron a predicar el evangelio en aquel extendido imperio el año de mil seiscientos y dos. Allí hicieron asiento con voluntad del rey de aquel reino, que con mucho amor los recibió y ha tenido hasta el presente. No tardó el señor muchos años en hacerles merced de comunicarles lengua japona con que pudiesen catequizar a los que de nuevo se convirtiesen a la fe y predicar el santo evangelio, dándoles atrevimiento el espíritu de Dios para predicarle por sí en público. Motivo eficaz para que los orientes se conviertan, viendo que el predicador hace y predica. Poco fuera haberse convertido con tal medio todo aquel reino en los siete años que ha que tienen predicadores, si el rey no estorbara la conversión de los japones, sus vasallos, prohibiéndoles que no se bauticen, que como los sacerdotes de los ídolos gobiernan los negocios de su alma, persuadido de estos que le dicen ser desgraciados los cristianos para la guerra, no permite que los nobles se hagan cristianos; y a los ya hechos persuade que retrocedan y vuelvan atrás en lo que prometieron en el agua de el santo bautismo, guardando el mismo estilo con los soldados. Éste es el azar que tiene la cristiandad de el Japón, reyes infieles e inconstantes en ampararla, mal aconsejados de sus sacerdotes para destruirla; y si solos los reyes y emperador tuvieran esta licencia no fueran tantos los enenigos de la fe; pero los señores de los pueblos y los gobernadores, no sólo de provincias, ciudades y villas, pero aun los capitanes de fuerzas y castillos que suelen por su antojo echar bandos contra los cristianos, para compelerlos a renegar de nuestro señor Jesucristo con pena de perdimiento de bienes, destierro y muerte, poderosas armas para conquistar, no a aquellos nuevos cristianos, sino los muy antiguos hijos de la Iglesia, como en diferentes partes de el mundo nos lo enseñan las historias eclesiásticas; mas el Señor, debajo de cuyo amparo está la Iglesia, permite estos contrarios para ennoblecirla con los mártires que entre tantas persecuciones perseveran, confesando el nombre de Cristo. Entre los cuales piadosamente creemos tiene asiento el santo mártir León, natural de el dicho reino de Satzuma, de